

20728

HISTORIA

1897

DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora, en Barcelona.

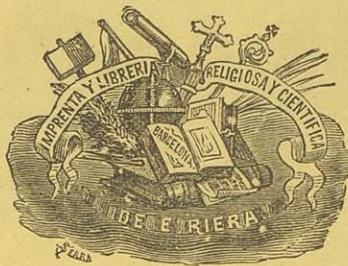
Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA :

IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

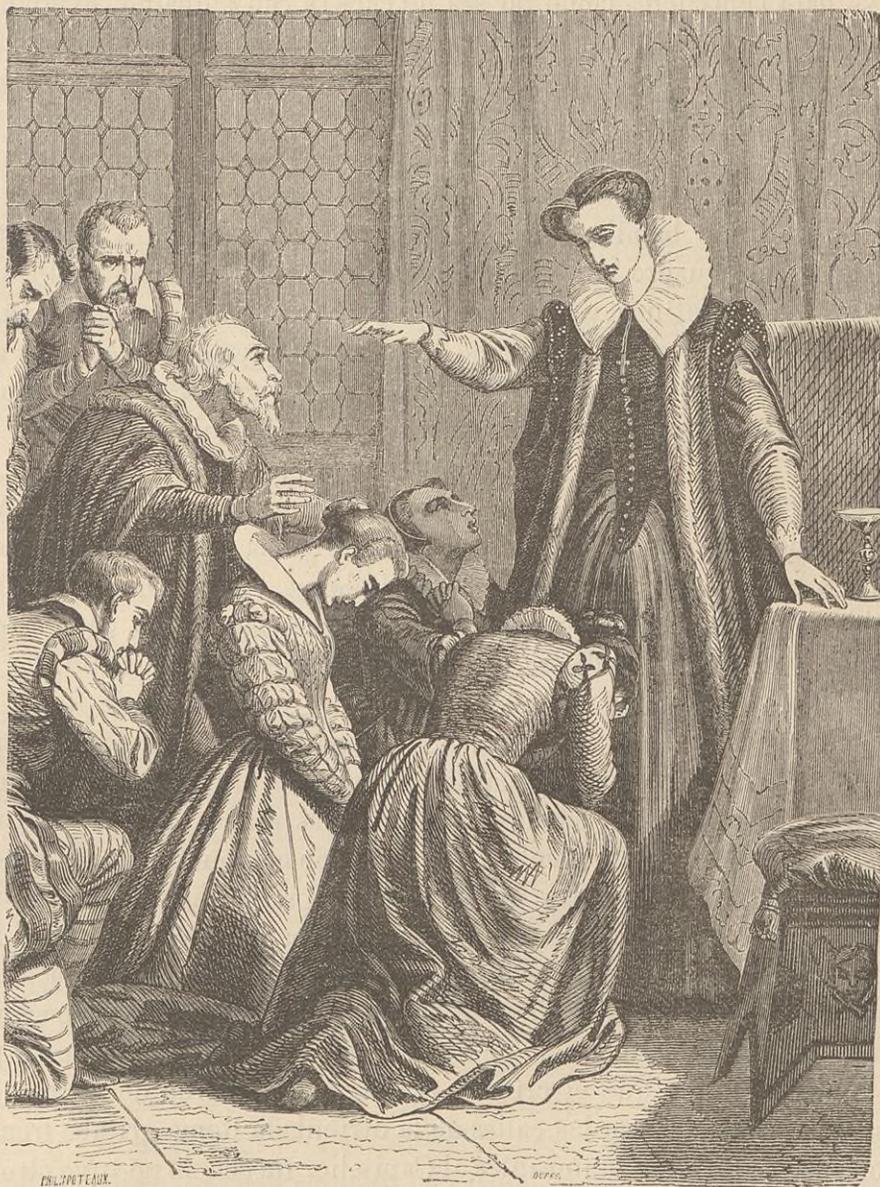
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIEBA;

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1878.

Cuaderno 77.

Á la muerte de Bonifacio el grito de «Viva el pueblo» despertó todas las pasiones sediciosas. Los Colonna y los Savelli, instigadores secretos del movimiento, uniéronse al pueblo con sus tropas, se constituyeron en el Capitolio y se fortificaron en la iglesia de *Araceli*. La casa de Orsini se puso al lado de los cardenales. En una verdadera batalla, en la que se derramó abundante sangre, los adversarios del cónclave fueron derrotados. Los cardenales se reunieron, despues de tomar serias precauciones, para obligar al que fuese elegido á no oponerse á la union de la Iglesia. El cardenal de Bolonia, Meliorato de Salmone, salió papa, tomando el nombre de Inocencio VII.



MARÍA ESTUARDO BENDICIENDO Á SUS SERVIDORES EN LA VÍSPERA DE SU SUPLICIO.

Á los pocos días de su encumbramiento, los romanos se levantaron contra su autoridad. Roma pedía á voz en grito la restauracion de la antigua libertad. No faltó en aquellas circunstancias un hombre que tomara á su cargo personificar los votos populares. Ladislao, príncipe napolitano, apareció como la egida de las pretensiones de Roma. Hombre astuto y sutil, comprendió que era ventajoso entrar en pactos con el Pontífice para basar en una aparente concordia con la representacion sagrada de los principios religiosos la revolucion que meditaba. Ladislao consiguió de Inocencio VII varias concesiones que aumentaban la influencia material del pueblo en la ciudad de Roma. La guardia de los puentes y de las puertas, excepto

la del *Ponte-Molle* y las de las puertas del cuartel de San Pedro, quedaban confiadas á las tropas cívicas. El nombramiento del senador quedaba á cargo del Pontífice; pero éste debía elegirle de entre tres candidatos presentados por el pueblo; el pueblo tenía derecho á elegir siete magistrados, titulados gobernadores de la cámara romana, á cuyo número el Papa podía agregar tres por él designados.

Aquel pacto, que tergiversaba por completo el modo de ser tradicional de los romanos, excitó los apetitos populares; habían obtenido mucho, deseaban obtener más. Luégo aquellas importantes concesiones se estimaron en poco, reclamándose otras y otras; y como cada día se formularan nuevas exigencias, díjoles Inocencio: «Os he otorgado cuanto me habéis pedido; ¿qué tengo ya para concederos como no sea mi capa?» Sin embargo, exigían más. Roma hervía al ardor de las pasiones amotinadas. Los cardenales, amenazados por las desencadenadas turbas, se refugiaron con Inocencio VII en San Pedro; allí fueron á reunírseles muchos comerciantes, anhelosos de salvar en aquel fuerte lugar sus cuantiosos intereses. Mostardo, intrépido aventurero, transformado en caudillo de los defensores de los cardenales, protegía con su lanza los principios representados por el Papa y el sacro colegio. Las masas insurrectas hallábanse dispuestas á librar batalla sangrienta y á tratar sin piedad á cuantos cayeran en su poder. En vista de un cuadro tan escandaloso, el prior de San Juan de Pisa y de Roma ensayó gestionar entre el Pontífice y el pueblo y negociar generosamente una conciliación que tuvo para el pacífico prior el más tremendo desenlace. Creyóle el pueblo un agente de los cardenales, no comprendiendo que hubiese pechos bastante generosos para abnegarse hasta al sacrificio en bien de la patria, y bajo esta terrible impresión fué atropellado, preso y asesinado.

Decidióse entónces el Papa á abandonar á Roma insurrecta y á dirigirse á Viterbo; pero una respetable comision de romanos le detuvo en la realizacion de su proyecto de fuga. En vano promovió á la dignidad cardenalicia á un Colonna y á un Orsini, y á algunos personajes del partido popular; el pueblo, instigado por Ladislao, pedía para este príncipe la soberanía de Roma. Y en efecto, Ladislao fué llamado á fines del año 1405. La noticia de la llegada del rey de Nápoles conmovió todos los ánimos. Los dos partidos de Roma preparáronse para reñir combate. Las dos cabezas en *Ponte-Molle* fortificadas, eran defendidas, la una por los soldados de Mostardo, la otra por la guardia cívica á las órdenes de Ludovico Meliorato, sobrino de Inocencio. Pronto los dos bandos vinieron á las manos, aunque infructuosamente por ambas partes. El partido romano nombró una comision compuesta de dos gobernadores cívicos y de doce individuos caracterizados, que se presentaron al Capitolio para pedir al Papa la cesion de la fortaleza defendida por sus enemigos. El Papa rehusó, y al salir los diputados fueron sorprendidos por los soldados de Ludovico. Doce quedaron reducidos á prision, y luégo once de ellos fueron ahorcados y sus cadáveres arrojados por la ventana. Inocencio VII, que era ajeno á aquel crimen, casi sucumbió de dolor al tener conocimiento de su perpetracion.

Por desgracia el pueblo vió que el crimen era obra del sobrino del Papa. Una muchedumbre inmensa desencadenada por las calles de la atribulada Roma gritaba frenética «¡Venganza!!!» Las oleadas se dirigían brameantes al Capitolio. Inocencio no tuvo otro recurso para salvarse de los furores populares que la fuga. Apénas hubo salido de Roma el Papa, cuando ya el Capitolio se hallaba invadido. Los más preciosos objetos sirvieron de botín á los triunfantes revolucionarios. No tardó en llegar Ladislao, autor secreto de aquella revuelta, pero Roma encontró pesado el yugo de su poder, y una nueva revolucion arrojó á Ladislao de la ciudad que pretendía dominar y regir. El pueblo llamó otra vez á Inocencio; pero apénas regresado, murió al peso de las tribulaciones y de la responsabilidad que le ocasionaba la tiara.

XCIII.

Ladislao en Roma.—Atropellos.—Víctimas.—Huida del Papa perseguido.

Otro de los males producidos por el gran cisma era la relajacion de la disciplina social. No había medio de contener sometidos políticamente unos pueblos que veían luchando y desgarrándose mutuamente á sus pontífices. Roma se encontraba seriamente desmoralizada. Ladislao invadió el patrimonio de la Iglesia en 1408 al frente de veinticuatro mil infantes y cuatro mil caballos. La ciudad de Ostia se rindió casi sin luchar ante aquel ejército, por entónces imponente. Presentóse en Roma. A la sombra de sus muros romanos y napolitanos se batieron con denuedo. Los primeros, dirigidos por Paulo Orsini, triunfaron de los segundos; pero con extrañeza se vió que el caudillo victorioso fué á tratar con el vencido. Roma abrió las puertas á Ladislao, que entró en ella triunfalmente.

En vista de la irregularidad de conducta de ambos pontífices, una gran parte de la cristiandad se mostró vehementemente anhelosa de acabar con el dualismo, manantial de tantos males. El consejo real de Francia fué convocado en presencia del Rey, y en él se declaró á Benito XIII cismático, pertinaz, hereje, perseguidor y perturbador de la Iglesia. Acordóse que en adelante no se le apellidaría papa, ni siquiera cardenal, y que le quedaba retirada toda obediencia. Todos los adictos especiales de Benito fueron detenidos y encarcelados. El dean de San Germain l'Auxernois se vió reducido á ignominiosa cárcel, á pesar de su ancianidad y de sus méritos brillantísimos. El obispo de Gap y el abad de San Dionisio viéronse igualmente atropellados. El arzobispo de Reims y el obispo de Cambrai, con otros personajes, apelaron á la fuga para librarse de la persecucion. Los presos lo fueron sin ninguna de las formalidades legales. A los portadores de una bula de Benito XIII condenóseles á caprichosas humillaciones. Cubrióseles con mitras de papel, vistióseles túnica de tela, en la que estaban toscamente pintadas las armas de Benito XIII, revueltas, y se les paseó por Paris, dejándolos entregados al ludibrio popular por el período de muchas horas. Un doctor de la Universidad pronunció una arenga depresiva de la autoridad y de la dignidad de Pedro de Luna, Benito XIII, en la que se permitió decir barbaridades y apostrofar con soeces frases al Pontífice en desgracia (1).

Esto es, queríase curar los inconvenientes del cisma con los desastres de la desmoralizacion. Todo era protestante en aquella política. Los procedimientos, los decretos, las resoluciones, las maneras.

Y al mismo tiempo que esto acontecía en Francia, Gregorio XII, á causa de una promocion inesperada de cardenales, se veía abandonado del sagrado colegio, y su autoridad completamente perdida pasó á ser tema del ludibrio público.

La medida de los escándalos estaba llena. Los colegios cardenalicios de ambos papas sentían la necesidad de dar próxima solucion al cisma. Reuniéronse al efecto los cardenales de Gregorio y de Benito y deliberaron sobre la oportunidad de convocar un Concilio general que cortara para siempre aquella madeja de iniquidades. La idea del Concilio general para solventar el cisma excitó el interes de los teólogos y de las universidades. Las mejores plumas de aquellos días se consagraron á dilucidar la legitimidad de un Concilio, dado el punto á que habían llegado los desórdenes. ¿Era legítimo un Concilio en aquel entónces? Hé ahí la pregunta á la cual buscaban acertada respuesta todos los emisarios.

El mundo político se hallaba dividido. Francia, Castilla, Génova, Florencia eran partidarias del Concilio; Venecia simulaba neutralidad. Aragon, Escocia, Hungría, Polonia, Ná-

(1) *Dixit... quod anum sondissime omasarie osculari mallet, quam os Petri Religieux de Saint Denis.* lib. XXIX.

poles, la Dalmacia, la Troacia, Servia, Bulgaria, Rusia estaban contra los colegios cardenalicios. La actitud de Alemania era ambigua á pesar de la mision del cardenal Gandolfo Maramaur.

Pero era tan sentida la necesidad de una solucion que, puesto que el Concilio era el medio reputado como eficaz para obtener el restablecimiento de la unidad, la parte sensata de todas las naciones lo aceptaba. Los cardenales de ambos pontífices resolvieron celebrarlo en Pisa.

Opúsose especialmente á aquella celebracion Ladislao de Nápoles, monarca interesado en conservar incólume la autoridad de Gregorio, atendido á que este Papa, en premio de su adhesion, le había entregado el gobierno de Roma; con las Marcas, Ancona, Bolonia, Faenza, Forli, Perusa, casi todo el patrimonio y el ducado de Spoleto.

Interesábale sostener á un pontífice cuya desaparicion llevaría consigo para él la pérdida de las conquistas debidas á su amistad. Poco le importaba á Ladislao la prosperidad de la Iglesia. Había escogido por divisa: *Ó César, ó nada*, y estaba poco dispuesto á ceder algo de lo mucho que ya poseía. El Concilio de Pisa iba á servir de estorbo á su mision, por esto declaró que se opondría con todas sus fuerzas materialès y morales á que se celebrara. A pesar de tales amenazas reuniéronse en Pisa cuatro patriarcas, diez arzobispos, ochenta obispos, trece representantes de arzobispos y ciento sesenta y dos de obispos, setenta abades, ciento ocho procuradores de abades, diputados de las Universidades de Paris, Tolosa, Orleans, Angers, Montpellier, Bolonia, Florencia, Cracovia, Viena, Praga, Colonia, Oxford y Cambridge; mas de trescientos doctores en Teología y derecho canónico; los embajadores de Francia, Inglaterra, Portugal, Bohemia, Polonia, Chipre, Sicilia, y de muchos príncipes alemanes; el gran maestre de Ródas con diez y seis comendadores y el procurador general de la orden Teutónica; al fin de las sesiones se contaron veintidos cardenales.

El espíritu de aquel Concilio era favorable á la cesion de la dignidad pontificia por parte de ambos papas. En vano dejaron oír la voz eminentes defensores de Benito y de Gregorio. Los padres de Pisa se hallaban resueltos á destituir á ambos papas. En la décimaquinta sesion los deseos de los congregados tomaron forma concreta y por un decreto ó edicto solemnemente publicado se acordó que «Pedro de Luna y Angel Conradio, nombrados respectivamente Benito XIII y Gregorio XII, habiendo sido reconocidos cismáticos, aprobadores y fautores del cisma, heréticos, reos de enormes crímenes y sobre todo de haber violado sus juramentos y escandalizado la Iglesia, no sólo eran indignos del pontificado soberano, sino que les declaraba el Concilio depuestos de aquella dignidad, y les prohibía usar el nombre de papas, vedando á todos los fieles, so pena de graves censuras eclesiásticas, el reconocerles por papas, declarando vacante la Santa Silla.»

Depuestos los papas, el Concilio trató de crear otro papa, y conviniendo que fueran electores del nuevo papa ambos colegios cardenalicios reunidos, procedieron éstos á elegirle. El cónclave entronizó á Pedro Philargi, que tomó el nombre de Alejandro V. Con cuya operacion tuvo la Iglesia un papa más. Gregorio y Benito se opusieron á los deseos de la cristianidad, que aspiraba á que los dos rivales abdicaran. Alejandro V quizá hubiera triunfado del cisma atendidas sus proverbiales virtudes, su talento, su prudencia; pero su vida fué brevísima despues de su ereccion á la Silla del pescador. Los partidarios de Alejandro V eligieron entonces á Baltasar Cossa, que tomó por nombre Juan XXIII. Cuéntase de él que siendo aún jóven, y habiendo recibido el doctorado en Bolonia, á los amigos que le preguntaron: «¿Y ahora dónde iréis?» les contestó: «Al pontificado.» Cossa estaba dotado de raro talento y de emprendedor espíritu. Conocía el maquinismo de aquella sociedad y no le aterraban las complicaciones políticas tan intrincadas en aquellos días. Apénas elegido empezó sus trabajos con decision é inteligencia. Entró en Roma recibido con inusitada pompa y entusiasmo popular.

La Iglesia tenía en Ladislao de Nápoles un enemigo poderoso. Nò tardó éste en invadir los Estados de la Iglesia y en presentarse al pié de los muros de Roma. Juan XXIII invocó

entonces el auxilio de las potencias cristianas, aunque su invitatoria fué estéril. En medio de su aislamiento el Papa trató de aliarse con su enemigo, y celebró con él un convenio, que tuvo por inmediato resultado despedir á Gregorio de los dominios napolitanos. Mas no estaba basada en la buena fe aquella funesta alianza. Ladislao acechaba ocasion oportuna de eludir los compromisos contraídos, y Juan XXIII no se hacía ilusiones sobre una próxima ruptura con su improvisado amigo, atendidas las cotidianas infracciones del pacto de alianza. A fines de mayo de 1413, Ladislao, prescindiendo de toda consideracion, dirigió contra Roma su ejército. A la aparicion de los soldados del Rey, el ejército del Papa se amedrenta, y Ladislao queda dueño de la ciudad. El saqueo y el asesinato caracterizaron la entrada de los napolitanos en Roma. El Papa huyó á Sutri y de allí á Viterbo. En su retirada los soldados del Papa fueron vivamente perseguidos y casi todos hechos prisioneros. Un historiador describe con negrísimos colores los atropellos de que fueron víctimas los fieles defensores de Juan XXIII. No se contentaron con despojar hasta de sus vestidos á los cautivos, la mayor parte de ellos perecieron, siendo horriblemente mutilados. De Viterbo el Papa se trasladó á Montefiascone; pero ni allí encontró seguridad. El vencedor precipitaba su hordas invasoras sobre las ciudades todas de Italia. La misma ciudad de Florencia, miedosa de atraerse la cólera de Ladislao, negó al Papa el generoso hospicio que le pedía. Juan XXIII nombró desde el destierro un gobierno para Roma y empezó á organizar elementos para la reconquista del patrimonio eclesiástico. Al propio tiempo escribía á los príncipes cristianos una carta ó despacho en el que entre otras cosas decía: «¿Quién hubiera podido jamas imaginar que existiera en el mundo no diré un rey, ni siquiera un hombre capaz de llevar la perversidad y la audacia tan adelante? Sólo pocos días habían transcurrido desde que los embajadores de Ladislao habían venido á jurarnos fidelidad, á rendirnos homenaje y á pedirnos de la manera más solemne ante el pueblo romano todo, por cartas firmadas por su puño y selladas con sus armas, la investidura del reino de Nápoles. Gracias á estas demostraciones pacíficas ha podido conseguir lo que sin ellas jamas consiguiera, ni aun por abierta guerra, como quiera que Nós, descansando en la fe de sus promesas y de sus juramentos, nos hallamos desprevenidos. ¿Pintaremos el furor con que ha tratado y trata á nuestra ciudad de Roma, á los templos sagrados, á las reliquias venerables de los santos y á todo el pueblo? No lo haremos, porque Nos horroriza imaginarlo.»

Esta elocuente misiva no tuvo resultado alguno.

Buscó el Papa la alianza de Segismundo, á cuyo efecto tuvo con éste algunas entrevistas en Lodi. Mas el Emperador daba más importancia á la cuestion del cisma que á los intereses personales de Juan XXIII. De ahí que insistiera Segismundo en aquellas sesiones en la necesidad de convocar el Concilio general que, casi como una parodia, se había empezado en Roma. Despues de mucho discutir, Constanza fué la villa que se acordó designar para celebrarse una Asamblea que debía poner fin al cisma occidental. Miétras tanto Ladislao proseguía su obra. Bolonia se le rendía y no quedaba al Papa sino la ciudad de Mantua para ejercer su soberanía, poco más que nominal. La divina Providencia decretó la muerte de Ladislao, la que vino á despejar el horizonte de las esperanzas, pues todas acababan ya de perderse en vista de la arrogancia y altivez del invasor. La península italiana estaba de hecho sometida á su cetro; y es imposible calcular hasta dónde hubiera llevado su sed de conquista y de soberanía el arrogante napolitano.

Entonces las miradas de la cristiandad se dirigieron todas sobre Constanza.

En Constanza debía debatirse uno de los más arduos asuntos de la historia cristiana. Allí tuvo sepultura el gran cisma, que sin duda era el más peligroso medio usado por el genio infernal contra la dignidad de la santa Iglesia. Aquella ciudad, á que dió nombre el padre de Constantino, al borde del lago que separa la Suavia de la Suiza, cuenta una antigüedad cuyo origen se pierde en las nebulosidades del pasado. Despues de vicisitudes desgraciadas para ella recuperó su vitalidad en el siglo VI; llegó á ser una de las más florecientes ciudades de

Alemania. A últimos del siglo XIV era rica y poderosa, y al elegirla la Iglesia y los imperios para teatro del gran Concilio, diéronle renombre imperecedero.

Congregáronse allí las ilustraciones más eminentes del universo, anhelosas de poner término honroso al cisma que devoraba como cáncer las entrañas de la Iglesia. Una sola idea guiaba á aquellos hombres, procedentes de todos los países rivales entre sí, la unificación del papado. Tres pontífices empuñaban el báculo universal, ó que pretendían fuese universal, y eran Juan XXIII, Gregorio XII y Benito XIII. Dejamos en blanco las contrariedades que sufrió la convocatoria del Concilio, las discusiones á que dió pié la elección del lugar en que había de celebrarse, y los penosos arreglos que debieron concertarse para la respectiva representación de los tres pretendidos papas. El cisma había convertido á los pretendientes en elementos políticos manejados sutil y diestramente por los soberanos. Cada gabinete, como ahora diríamos, defendía y patrocinaba al papa que mejor convenía á sus intereses nacionales. Y como quiera que los cónclaves tuvieron todos un tinte ó apariencia de legalidad, venían los intereses sostenidos por principios de derecho; circunstancias que multiplicaban infinitamente las dificultades de la solución. El pensamiento más general era el de obtener la cesión de los tres pontífices, ó de conseguir la fusión de todos los derechos en Juan XXIII, cuya elección era fruto de un deseo, de un esfuerzo de unión.

En el Concilio los representantes de los tres papas desplegaron los recursos de la imaginación y del talento para obtener el triunfo á sus respectivos comitentes.

No es incumbencia nuestra desarrollar los extensos procedimientos de aquellas defensas. Baste consignar aquí que el Concilio demostró una firmeza providencial. Gracias á ella, las primeras gestiones de los padres se dirigieron á obtener la cesión de Juan XXIII. Pero éste, que era el que en calidad de presidente del Concilio, y de Papa interinamente reconocido, digámoslo así, en Constanza, era el que más probabilidades tenía de obtener lisonjero éxito, no estuvo á la altura de las circunstancias. Requerido á que prometiera hacer formal cesión del pontificado en el momento que el Concilio decidiera ser el oportuno para la pacificación de la Iglesia, resistióse sistemáticamente, proponiendo variedad de fórmulas, todas ellas faltas de claridad y de precisión. Finalmente aceptó la que el Concilio mismo le propuso, bien que después de haberla adoptado manifestó con su actitud no ser irrevocable aquella su digna determinación. Convencido de que el Concilio le exigiría en no lejano día el cumplimiento de su palabra, huyó de Constanza, disfrazado de lacayo, y protegido en su fuga por Federico, duque de Austria, y del arzobispo de Maguncia.

La fuga del Papa consternó á Constanza, pues hubo una parte de prelados que dudaron si la desaparición del Papa envolvía la disolución del Concilio. Prevaleció la opinión contraria, y triunfó la idea de que el Concilio no podía disolverse hasta haber realizado la unión, que era la aspiración de la cristiandad entera.

El emperador Segismundo, declarado protector del Concilio, prometió varonil defensa; y Juan XXIII tuvo la amargura de saber en su retiro de Schaffhouse, por una comisión de cardenales al efecto deutada, que el Concilio iba á obrar con entera independencia. Sabedor de la actitud de los padres, no se creyó seguro en Schaffhouse y se trasladó á Lauffenberg, notificando desde allí al Concilio que su fuga estaba motivada por el deseo de recobrar una libertad de acción de que se veía privado en Constanza.

El Concilio apeló al poder imperial para obligar á Juan XXIII á regresar á Constanza. Esta medida decidió al Papa á trasladarse á Fribourgo, y de aquí á Brisach, y de aquí á Newbourg, y de aquí otra vez á Brisach. Así aquel infeliz Pontífice andaba errante en busca de un puerto de seguridad, huyendo de la sombra del Concilio, que le seguía por medio de autorizadas representaciones. Perplejo, vacilante, negando ahora lo que un momento ántes concedía, su figura rebajábase á cada paso, é iba evidenciando que le faltaba valor moral para tomar una de aquellas decisiones que salvan al hombre público en los riesgos de naufragio. En fin, sitiado por todas partes, requerido en sus últimas determinaciones, Juan XXIII firmó

una procura autorizando á sus delegados para ceder en su nombre el pontificado siempre que el Concilio le asegurara la libertad plena y perpetua.

La actitud del fugitivo Papa decidió á pronunciar su solemne citacion ante el Concilio, para responder de los cargos que se le hacían, sobre todo, del de burlar todos los proyectos y medidas conducentes á la pacificacion de la Iglesia. La triple citacion canónica fué cumplida. Y como el citado, que conocía el requerimiento, permaneciera inmóvil en Fribourgo, determinóse abrir el proceso. Tampoco detallaremos aquel acto desconsolador que tuvo por resultado poner en evidencia hechos que la caridad cristiana desea queden por siempre velados. Nada tuvo que sufrir la institucion pontificia de aquel proceso; pero el Pontífice salió gravemente herido en su reputacion particular. Juan XXIII, al oír de boca de los comisionados *ad hoc* los cargos que se le hacían y la sentencia de deposicion que iba á pronunciarse en consecuencia, declaró no querer defenderse. Este propósito suyo lo reiteró á una segunda comision. En vista de todo esto, el Concilio pronunció la deposicion, que estuvo concebida en términos severos. Una comision de cardenales la notificó á Juan XXIII, quien dijo: «Juro no oponer ni ahora ni nunca ninguna protesta á esta sentencia; yo mismo renuncio aquí todos los derechos que pudiera tener al pontificado; y para que de ello os convenzáis, sabed que ya he dado órden de retirar de mi casa la cruz pontifical, y me hubierais hallado vestido con otros hábitos si los hubiera tenido á mano. Ojalá no hubiera sido jamas papa.»

Esta escena pasaba en la fortaleza de Ratofcell, donde se hallaba detenido por precaucion. Desde ella fué trasladado cautivo á Heidelberg, y de ahí á Manheim. Cuatro años despues pudo evadirse; pero fué para volar á los piés de su legítimo sucesor y para protestar sinceramente de su eterna adhesion y fidelidad á la autoridad pontificia.

Miéntas se despejaba por esta parte el nublado que entristecía el firmamento de la Iglesia, otras esperanzas sonreían por parte del cisma sostenido por Gregorio XII. Envió á Carlos Malatesta á Constanza, llevando por instrucciones reconocer la autoridad del Concilio convocándole en su nombre, en el supuesto de que no lo presidiera Juan XXIII ni ninguno de sus cardenales; en cuyo caso cedería espontáneamente el pontificado. Juan XXIII no era ya papa. Fué, pues, cosa fácil considerar momentáneamente suspendidos de su dignidad los cardenales del Papa depuesto. El emperador Segismundo ocupó la presidencia asistido de Juan Domingo, cardenal de Ragusa, y de Carlos Malatesta. El prontario del duque de Baviera leyó la bula por la cual Gregorio constituía un procurador definitivo para resignar su dignidad; y otra por la que autorizaba la congregacion del Concilio de Constanza. Acto continuo el cardenal de Ragusa convocó, autorizó y confirmó el Concilio congregado. Despues, anulados los procedimientos adoptados contra Gregorio XII, y ratificados todos los actos de éste, fué leída por Malatesta la bula por la cual el Pontífice italiano renunciaba irrevocablemente su dignidad.

Gregorio XII ratificó el acto ante su corte, y despojándose de las insignias pontificias, vistió otra vez la púrpura con el título de legado perpetuo de la Marca de Ancona; dos años más tarde murió en Recanati.

No quedaba sino Benito XIII, apoyado por Escocia, España, con las islas de Mallorca y Menorca, la Cerdeña y Córcega.

Pedro de Luna, ó sea Benito XIII, tenía un carácter varonil, impávido, de éstos que se acrecientan con las dificultades y que las grandes crisis, léjos de amilanar, agigantan. Habían de ser grandes las dificultades que opusiera á la sumision. El emperador Segismundo se encargó personalmente de negociarla.

Las conferencias habidas entre el Emperador, acompañado de una comision del Concilio, y el Papa en Perpiñan, fueron lánguidas y estériles. Benito XIII daba por terminado el cisma en el hecho de no haber más papa que él, suponiendo que sus rivales cedieron sin la condicion de que todos deberían ceder. Su firmeza era imperturbable. «No esperéis que suelte yo, dijo un día, el timon de la nave que Dios ha puesto bajo mi mano.»

El papa estaba sostenido por una numerosa cohorte de prelados galicanos que halagaban sus miras, aplaudían sus proyectos y glorificaban su actitud resistente.

Pero la urgencia de la paz era reconocida por los príncipes de la cristiandad. De ahí que se convenciera el rey de Aragón, apoyo más firme de Benito, de que éste era el único obstáculo que imposibilitaba la union; y para eludir la responsabilidad del renacimiento del cisma, determinó separarse de su causa y de su bandera. Lo mismo hicieron los embajadores de Castilla y de Navarra, que eran los condes de Foix y de Armagnac. Todos fueron al encuentro de Benito y le expusieron la situación de las cosas. Benito se reservó un plazo para formular su pensamiento definitivo; pero mientras iba transcurriendo el plazo huyó á la fortaleza inexpugnable de Peñíscola.

Un mes más tarde, los príncipes unidos, los legados del Concilio y el Emperador firmaron en Narbona un convenio, segun el que los prelados reunidos en Constanza y los que pertenecían á la obediencia de Benito XIII serían convocados de nuevo; que no se trataría en el Concilio sino de lo concerniente á la deposición de este Pontífice y de la elección del legítimo Pastor; que los prelados y cardenales de Benito gozarían de iguales derechos y privilegios que los procedentes de Juan y Gregorio; que los procedimientos de Gregorio y Juan contra la obediencia de Benito serían anulados; y también lo serían los de Benito contra la obediencia de los otros excolegas; que se mantendrían los decretos justos de Benito; y que si éste deseaba ir por sí ó por legados al Concilio, el Emperador le libraría un salvo-conducto.

Este convenio tuvo por defensor á uno de los más célebres personajes de aquella época. Vicente Ferrer, que había pertenecido á la corte de Benito XIII, y que se había separado de ella por no encontrar eco sus sentimientos de paz y union, no sólo aprobó, sino que se declaró entusiasta partidario del convenio de Narbona, poniendo con su adhesión el sello de la santidad y de la popularidad á aquellas nobles resoluciones.

Despejado ya el camino, levantada la obediencia de las naciones hasta entónces sujetas á Benito, encerrado éste en Peñíscola, quedaba el asunto reducido á cuestion de fórmula. El día 5 de noviembre de 1416, el Concilio empezó á deliberar sobre la conducta del recaltrante antipapa. Acusósele de oponerse con sus astucias á la terminación del cisma deplorable, y de una pertinacia injustificable en conservar una dignidad que no le pertenecía. El Concilio nada encontró que oponer á la moral y pureza de costumbres de Benito XIII.

El acusado fué citado solemnemente, y la citación le fué comunicada por una comisión nombrada al efecto. Tres meses despues los comisionados halláronse de regreso, y el Concilio oyó la lectura de una Memoria que contenía los siguientes detalles que insertamos porque describen el carácter de Benito XIII. «Despues de habernos introducido en Peñíscola, Pedro de Luna nos recibió en audiencia el día 21 de enero de 1417. Le encontramos acompañado de tres cardenales y de cerca trescientos entre prelados, clérigos y seglares. Le honramos con una mera inclinación. Habiendo obtenido silencio, leímos con alta é inteligible voz el decreto del Concilio. El Pontífice al principio parecía escuchar calmoso; mas al oír que se le trataba de hereje y cismático, se impacientó, y no pudiendo contenerse, exclamó: «No es verdad; no es exacto; mienten.» Tanta era su turbación, que cuando llegó el momento de contestar, anunció ocuparse de cuatro puntos y sólo se ocupó de tres. Tranquilizóse no obstante, y discurrió difusamente sobre los medios que pudieran adaptarse para devolver la paz á la Iglesia. Declaró que el camino de la justicia y de la discusión le parecía el mejor, y que sólo despues de haber ensayado la primera consentiría en el de la cesión. Y exaltándose, añadió: «y que ¿por-
«que yo no ceda, como pretenden los de Constanza, se sigue que sea hereje? Entiéndase que
«la Iglesia no está allí donde ellos están, sino allí donde yo estoy, esto es, en Peñíscola. Hé
«aquí el arca de Noé,—añadió, golpeando su sillón;—dicen en Constanza que yo soy hereje
«y cismático, que yo impido la union de la Iglesia, porque no la entrego en sus manos; y yo
«digo que sin vosotros, gente de Constanza, un año hace que estaría restablecida la union.
«Ellos son los que la entraban, ellos los herejes y cismáticos.»

Observadas las formalidades canónicas, el Concilio pronunció la deposición irrevocable de Pedro de Luna.

Un cónclave celebrado con las precauciones exigidas por las graves circunstancias que atravesaba la Iglesia, eligió al cardenal Othon Colonna para el pontificado. Colonna tomó el nombre de Martín V.

Importante tarea reservó la Providencia á este Papa, bien que tenía la ventaja de ser obedecido por la cristiandad entera, salvo una reducida parte de España, que siguió pertinaz en obedecer á Pedro de Luna, y que, aún después de fallecido éste, obedeció á un fantasma de papa elegido por cuatro cardenales, y que quiso llamarse Clemente VIII, y aún muerto éste, dícese que un cardenal eligió papa, sucesor de Muñoz y de Luna, á otro sujeto que tomó por nombre Benito XIV. Vanas sombras que proyectaba sobre el pavimento cristiano al retirarse el espíritu de desmedida ambición.

El cisma cuyas escenas finales acabamos de reseñar no puede calificarse de persecución, según hemos indicado ya, porque era una ruptura entre elementos que no querían separarse de la Iglesia; pero tuvo lastimosa influencia favorable á las miras de los enemigos de la Iglesia misma. No sufrió la institución pontificia, pero sufrió la disciplina de la cristiandad. Aquellas luchas nada edificantes, aquellas discusiones todas encaminadas á conservar el ejercicio del gobierno eclesiástico, aquellas mutuas recriminaciones sobre la integridad de las intenciones de los respectivos émulos tuvieron siniestra influencia en la moral de los pueblos. Cuanto ménos discutidas son las personas santas, más indiscutible se hace la santidad del ministerio que representan y ejercen. Pues el gran cisma de Occidente presenta un período de discusiones personales que desconsideraron la autoridad más alta que en la tierra pueda concebirse.

En este sentido aquel cisma fué sin duda una grande y terrible persecución suscitada por el espíritu infernal contra la Iglesia de JESUCRISTO.

XCIV.

Braccio de Montone y otros poderosos enemigos de la Iglesia.—Lamentable situación de Roma.
Wicief.

El papa Martín V encontró la cristiandad en estado deplorable. La política ofrecía un cuadro desconsolador ante el criterio del moralista. La fuerza era la suprema *ratio* de los potentados que, impulsados por sus pasiones individuales, apenas dejaban en Europa un lugar donde la concordia reinara.

Roma no había encontrado la ambicionada tranquilidad durante la ausencia de los pontífices. La ciudad de los césares de ensayo á ensayo había llegado á una postración de espíritu público que la hacía abandonar á la protección real ó fingida de cualquier aventurero. En los dominios pontificios la anarquía anterior á la política militar de Albornoz había reaparecido. La autoridad de la Santa Silla estaba usurpada en muchos é importantísimos puntos. Bolonia volvía á ser independiente; Corrado de la Carrara señoreaba por cuenta propia en Orvieto; la Umbría y Perugia estaban sometidas á Braccio de Montone.

Era éste un aventurero de no comunes dotes de inteligencia militar. Dotado de talento organizador, agrupó á sí un ejército de atrevidos combatientes, sin otro ideal ni objetivo que la conquista de renombre de intrépidos y el lucro de repetido botín. Al conocer la deposición de Juan XXIII, Braccio se creyó en el derecho de obrar por su propia cuenta y de constituirse un principado. Dominaba sin rival en una porción de patrimonio de la Iglesia, y hasta se atrevió á presentarse con sus huestes ante los muros de Roma. Como el legado de Isolañi le pidiera el motivo de aquel brusco ataque: «El mismo motivo, contestó, que impulsa á los so-

beranos pontífices: el honor de mandar en la capital del orbe.» Toda resistencia de parte de los romanos fué inútil. Braccio entró triunfalmente en Roma, haciéndose llamar defensor de Roma: *Almæ urbis Romæ defensor*. Dos meses permaneció en la capital Braccio; pero al saber la aproximación de Sforza, guerrero que se había hecho ilustre como él en otros campos, y que en este caso representaba á la reina Juana de Nápoles, abandonó Roma para invadir otros territorios de la Iglesia. La Santa Silla tenía en él un enemigo verdaderamente terrible, pues su amistad íntima con Baltasar Cossa, el expapa Juan XXIII, era un peligro constante para la constitución de la paz. Braccio tenía una esperanza siempre viva en la resurrección del pontificado de su amigo. El audaz rival carecía de remordimientos por lo pasado y de escrúpulos para el porvenir. Exento de todo sentimiento religioso, su ambición desmedida carecía de los límites impuestos por la conciencia, cuyo lugar ocupaban en su alma las consideraciones de la gloria y del interés. La rehabilitación de Juan XXIII era tanto más posible en cuanto había un gran número de católicos sinceros que abrigaban serias dudas sobre la validez de la renuncia de aquel Papa, y sobre la legitimidad en la elección de su sucesor. Por fortuna la sumisión del ex Juan XXIII fué cordial, y su actitud respecto á Martín V alejó las esperanzas de los cismáticos y privó de base sólida los proyectos ambiciosos de Braccio.

La sabia política del Papa atrajo á sí al temible caudillo. Florencia le recibió, reconciliado con el Pontífice, con transportes de admiración y entusiasmo. Regias fiestas celebráronse en su honor, mientras Martín V levantaba las censuras contra él pronunciadas, después de oír su justificación. El Pontífice le confirió el gobierno de Perusa, Asis, Jesi y Todi á condición de que soltara y restituyera á la Iglesia Narni, Terni, Orvieto, Orta y otras fortalezas.

Bolonia levantó en aquellos días estandarte de rebelión, á pesar de haber obtenido del Papa la independencia, mediante un crecido tributo. Dos facciones luchaban encarnizadas en aquella ciudad para conseguir el ejercicio del poder. Entronizado el partido de la revolución, el Papa reclamó la reintegración de los derechos que había cedido. Bolonia resistió, el Papa declaró en interdicto la ciudad, y como ésta desdeñara aquella pena espiritual, envió contra ella á Braccio con sus adictas huestes. Su sola presencia humilló á Bolonia, que, sometida, envió las llaves de la ciudad al representante del Papa.

No estaba, sin embargo, tranquilo Martín V respecto á los futuros planes del venturoso caudillo, quien á medida que se acrecentaba su fortuna, parecía preocuparle más la perspectiva de su soñada soberanía. Nada discreto estaba el pueblo de Florencia en sus apoteosis de Braccio, á quien á la vista y al oído del Papa tributaba desmedidos elogios, y en quien fundaba sospechosas esperanzas. La popularidad de Braccio crecía, y lo malo, lo peor era que crecía á expensas de la dignidad pontificia. Los hechos de Braccio eran tema de las narraciones y de los cantos populares, y en estos cantos, á medida que se encumbraba al guerrero, se rebajaba al pontífice. En las calles de Florencia se oían canciones por el estilo de la siguiente estrofa:

Papa Martino
Signor di Pombino
Comte di Urbino
Non vale un quatrino
 ha, ha, ha!
Braccio nostro padre valente
Rompe ogni gente
 ha, ha, ah!

Martín V oyó estos estribillos desde su ventana, y lleno de indignación preguntó á Leonardo d'Arezzo, uno de sus secretarios: «¿Habéis oído el canto de estos chiquillos?» En vano Leonardo trató de amenguar la importancia de aquel insulto, alegando la edad de los cantantes. «Si los grandes, dijo, no lo inspiraran, los pequeños no lo cantarían.»

Lleno de desconfianza en Braccio, Martín V se dirigió á Roma. Muchos años hacía que

la reina del universo no había recibido la visita de su pastor legítimo, circunstancia que ocasionó transportes de júbilo en los romanos. Pero el Papa hubo de fijar la atención en las complicaciones políticas de la Italia. En Nápoles reinaba una señora, cuya molición de costumbres y caprichosidad política le privaban de la confianza y consideración de la gente sensata. La reina Juana era una amenaza á la paz romana, y más de una vez el Papa tuvo que desplegar contra ella espirituales rigores, y hasta amenazar con materiales combates.

Braccio, auxiliar de todas las revoluciones, pasó al servicio de aquella desprestigiada Reina, quien otorgó al aventurero títulos y poderes extraordinarios, de modo que, como dice un historiador, «si Braccio excitó en Florencia una admiración exagerada, mereció en Nápoles una confianza sin límites.» La alianza con Braccio encorazonó á la Reina contra el Papa; pero la actitud despejada de la Reina colocó al Papa en una actitud franca contra la soberana de Nápoles. La ruptura entre ambas córtes fué completa.

También esta vez salvó á Martín V su elevado criterio político. Sin grandes batallas supo encaminar diestramente la nave á los mares que más convenientes le eran; y la acerada cuestión napolitana no tuvo los siniestros resultados que eran de temer.

Lo que urgía era cortar el vuelo á Braccio, que en su frenesí de dominio, apoyado en sus posesiones de la Umbría y de Capua, con el auxilio de su ejército, numeroso y aguerrido, y de un tesoro inmenso, seguro de buenos y poderosos aliados aspiraba á fundar en la península una monarquía, de la cual se proclamara soberano. En alta voz repetía que su objeto era despojar al Papa de su dominio temporal, y chanceándose solía decir: «Yo le reduciré á celebrar la misa por un bayoco de limosna.»

El cielo voló en auxilio del Pontífice permitiendo una derrota formidable de Braccio en las cercanías de Aquila. El guerrero no pudo resistir aquella humillación y aquel infortunio. Condenóse á no comer ni hablar, y sucumbió de pesadumbre á los tres días de su infortunio, que fué el primero y el último que experimentó en su accidentada carrera.

La noticia de la muerte de Braccio causó en Roma inmenso júbilo; porque su espada y su ambición constituían grave y constante amenaza para los romanos. Desaparecido el caudillo, deshízose como humo el ejército, sólo mantenido por el prestigio y el genio de su capitán. Los territorios destinados á formar la base de la monarquía independiente sometieron en seguida á la dependencia del Papa.

Mientras con el auxilio de la Providencia se libraba la Iglesia de un enemigo poderoso, Martín V terminaba venturosamente otro desacuerdo. La actitud de Alfonso de Aragón no era la de un hijo respecto á su padre. Su política, nada respetuosa para con los intereses del Catolicismo, respiraba espíritu de cisma. Alfonso patrocinaba al antipapa, venerando más al pontífice de Peníscola que al de Roma. Ineficaces las gestiones del cardenal Pedro de Foix, agotados todos los medios de persuasión, Martín lanzó un enérgico *monitorium* en el que, después de recapitular todos los cargos que resultaban de su conducta contra Alfonso, le declaraba cismático, autor de herejía, infame, perjuro, reo de lesa majestad, añadiendo que merecía ser excomulgado, privado de la dignidad real, así como de los privilegios y prerogativas eclesiásticas de que gozaba; sin embargo, por misericordia, aplazaba el Papa la sentencia definitiva, hasta que el Rey hubiera producido su defensa en Roma, por sí ó por procuradores, á cual fin se le concedía el plazo de cien días.

La importancia de los anatemas que amenazaban la tranquilidad de la conciencia del Rey y la paz misma del reino, decidió á Alfonso á someterse á la voluntad del Pontífice, renunciando á continuar la protección al antipapa, y protestando hacer justicia á los derechos de la Iglesia. Con el éxito de las gestiones de Martín V, la Iglesia contó un enemigo menos.

Roma ofrecía en aquellos días el cuadro más desconsolador. Las continuas invasiones, los desórdenes que allí sin interrupción se sucedían, las revoluciones que frecuentemente estallaban la habían de tal manera quebrantado, que apenas conservaba aspecto de ciudad: *Ut*

vix præ se civitatis faciem ferret (1), dice un historiador del pontificado de Martín V. La barbarie y la miseria ocupaban el lugar de la antigua caballería romana; en los escombros de la reina del mundo habitaba un pueblo salvaje. ¡Tan triste huella dejó al pasar el gran cisma! El estado moral no era superior á la situación material de la ciudad. Martín V se manifestó dispuesto á emprender decididamente la reforma de las costumbres hasta en los eclesiásticos relajados.

La división del pontificado había relajado de tal manera los lazos, la trabazón del orden moral, que desapareciendo la compaginación de la disciplina social y religiosa, dió lugar á una moral individualista, que fué, como no podía ser otra cosa, funestísima en sus consecuencias. No podía dejarse sentir la vigorosa mano del piloto de las conciencias. Hasta las órdenes religiosas se resistieron á pesar de su fuerte organización de aquel desmoronamiento de las virtudes. La lectura del *Hodæporicon*, escrito por Ambrosio Traversari, general de los Camadulenses, que es un minucioso análisis de los desórdenes introducidos en su institución, es un dato precioso para calcular cuántos grados de fervor habrían perdido otras órdenes menos rígidas y severas. «Es preciso que la Iglesia sea reformada, exclamaba uno de los más edificantes padres del Concilio de Constanza, y que lo sea desde luego, de lo contrario, á los males que presenciarnos, con ser tantos como son, seguirán otros y otros incomparablemente mayores.»

En efecto, una tremenda borrasca estalló contra la Iglesia, que puso otra vez á prueba su integridad y su valor.

Los escándalos sociales que venimos indicando como habituales en aquel período, pretendieron encontrar justificación teológica en una escuela audaz aparecida en aquellos días en Inglaterra. Wiclef, cura párroco de Luthelworth, teólogo de Oxford, diocesano de Lincoln, empezó á enseñar doctrinas preñadas de errores, cuyas tendencias de emancipación eran manifiestas. Wiclef combatió tenazmente al monaquismo, y luego extendió sus combates contra el papado. Negó el valor, la legitimidad y la eficacia de las censuras, y defendió la superioridad jerárquica de los príncipes temporales, en orden á las cosas de la Iglesia. Pretendía el heresiarca concitar los ánimos de los ingleses contra la Iglesia romana, que pintaba con su animado pincel con antipática fisonomía. El duque de Lancastre y lord Percy favorecían las miras de Wiclef, á las que coadyuvaba también la secta de los *Sollards*, especie de pietistas exagerados ó de *jansenistas* anticipados. En filosofía la doctrina de Wiclef era una amalgama de maniqueísmo, de panteísmo y de fatalismo; en teología era la doctrina precursora del presbiterianismo; según ella el Papa era una autoridad innecesaria y embarazosa para la marcha ó el desarrollo pacífico de la Iglesia de Dios; los cardenales, patriarcas, obispos y concilios constituían un lujo supérfluo de instituciones. El mecanismo eclesiástico no necesitaba sino sacerdotes y diáconos.

Wiclef, ha escrito un notable autor, amontonó los proyectiles que más tarde aprovechó contra la Iglesia el genio perverso de Lutero. «Este hombre, á quien hizo célebre la fecundidad de sus invenciones, no tendrá que añadir sino el sello de la originalidad de su carácter á las diatribas antiromanas, como quiera que no hará otra cosa que reproducir con picante sarcasmo las novedades y declamaciones olvidadas del doctor de Oxford. Y cuando aquél dirá que la Iglesia romana es la sinagoga de Satan, que el papa es el antecristo, que debe uno burlarse de los anatemas y tomar á broma las indulgencias, será el eco del pastor de Luthelworth...»

De qué medios y de qué elocuencia se valía Wiclef para sublevar los ánimos contra el pontificado, y hasta qué punto la herejía Wiclefiana debía su origen al gran cisma, pruébanlo las líneas que copiaremos que el heresiarca redactó en vista de la cruzada publicada por Urbano VI, papa de Inglaterra, contra Clemente VII, papa de la Francia. «Vergonzoso es, decía, que la Cruz de JESUCRISTO, que es un monumento de paz, de misericordia y de ca-

(1) *Platina in Martinum V.*

ridad, sirva de estandarte y de señal de guerra á todos los cristianos por amor de dos falsos sacerdotes, que son manifiestamente dos antecristos, á fin de conservarles el goce de la grandeza mundana, oprimiendo la cristiandad más que los judíos oprimieron al mismo CRISTO y á sus Apóstoles. ¿Por qué el orgulloso sacerdote de Roma no concede á todos los hombres in-



MUERTE DE ISABEL.

dulgencia plenaria á condicion de que vivan en paz y caridad, y la concede para que se batan entre sí y se destruyan?»

Wicief empleó su indisputable talento en combatir uno á uno los puntos fundamentales del Cristianismo y en socavar las principales bases de la civilizacion, hija de la Iglesia. El símbolo, la jerarquía, los sacramentos, todo fué objeto de los asiduos trabajos del frenético anglicano, que en su afan de trastornar la obra divina, no dejó en ellos punto sin impugnar.

XCV.

La Bohemia.—Persecuciones husitas... atentados contra la Iglesia.—Horrendos sacrilegios.

La Bohemia, campo de las más terribles atrocidades acontecidas en el siglo XV contra los fieles adictos á la Iglesia, recibió la fe en tiempo del duque Borziwoi, que fué bautizado por Metodio, quien con Cirilo Constantino había ántes convertido la Moravia. Ambos eran monjes griegos, cuyo celo la emperatriz Teodora se propuso emplear en la propaganda de la verdad. No faltó enérgica oposicion á los planes de Metodio; pero la esposa de Borziwoi, la piadosa Ludmilla, primera santa de Bohemia, encorazonó al Rey ante las dificultades suscitadas por el espíritu rutinario y tradicionalista de aquel gentilico pueblo. El ejemplo de las virtudes de la corte, ya cristianizada, y las predicaciones incesantes de los compañeros del infatigable Metodio, operaron con la gracia de Dios muchas y valiosas conversiones. Al poco tiempo el grupo de fieles era bastante crecido para erigir devotos santuarios. Por desgracia los enemigos del culto cristiano encontraron en Drahomira, viuda de Wratislaw, hijo de Ludmilla, una mujer intrépida dispuesta á ponerse á su frente para organizar la lucha religiosa. Una de los primeros actos inspirados por aquella amazona, fué tramar una conjuracion que dió por resultado el asesinato de Ludmilla y el incendio y destruccion de los templos recientemente erigidos.

Venceslao, hijo de la parricida, se declaró partidario del Cristianismo, conforme á los principios recibidos por Ludmilla, pero á su vez este nuevo defensor de la fe cayó al impulso del puñal del pagano Boleslaw. Violentas persecuciones hubieron de sufrir los cristianos en aquellos días, que no fueron muy duraderos, porque Boleslaw II desplegó varonil ardor en pro de los principios é intereses cristianos en aquel país. A los esfuerzos decididos de aquel Príncipe se debió la ereccion de la diócesis de Praga. Acontecían aquellos notables hechos á principios del siglo X.

La silla episcopal de Praga tuvo la gloria de contar en sus primeros obispos otros tantos defensores intrépidos de la Religion, de que eran doctísimos maestros. Dithmar el sajón, supo combatir varonilmente por la Iglesia, y su sucesor Adalberto hubo de abandonar por dos veces su puesto á causa de la intransigente oposicion de que era blanco. «La segunda huída de Adalberto, dice un historiador imparcial, sería vergonzosa para Bohemia sino se considerara que la religion cristiana se encontraba entónces en su cuna, y que los cristianos, apénas salidos del seno de la idolatría, retenían mucho de su antigua supersticion. Los cristianos no hacían distincion entre días de fiesta y días laborables; se casaban sin intervencion del sacerdote; no enterraban en tierra sagrada á los difuntos, sino en los bosques, en los campos, en las tumbas de sus gentiles antepasados; ofrecían sobre ellas el fuego á los dioses manes. El clero, que participaba del paganismo de la atmósfera, resistíase á obedecer á la voz de su obispo.»

«La Bohemia, dice Stranski, se encontraba dividida en tres secciones. Unos, que eran cada día ménos, pertenecían al paganismo. Entre los cristianos unos seguían el rito latino, otros el rito griego. Estos últimos fueron los que más amargaron el ministerio de Adalberto.»

Poco á poco infiltróse en el pueblo de Bohemia el espíritu del Evangelio, desapareciendo definitivamente la idolatría; pero permaneciendo en aquella parte de la viña del Señor cierta propension á la heterodoxia. Los descontentos de sobrellevar el suave yugo, los rebeldes á la autoridad de la Iglesia encontraron siempre en Bohemia un asilo protector y un campo dispuesto á ensayar sus planes de independencía, por lo que Æneas Sylvius calificaba aquel país *velut hæreticorum asilum*.

Así fué que los valdenses, perseguidos en todas partes de Europa, encontraron en Bohemia un pueblo condescendiente en sufrirlos.

Pero la página característica en la historia religiosa de Bohemia es la de la época de Juan Hus.

Al principio del siglo XV, Juan de Hussinets se encontraba al frente de la Universidad de Praga, eminencia á la que llegó en virtud de su indisputable talento. No eran disipadas sus costumbres, al contrario, lamentaba la creciente desmoralización del pueblo, y hasta deseaba la reforma de los eclesiásticos, cuya disciplina las revoluciones y el cisma habían relajado. Si se hubiera limitado á evocar enérgicamente la reforma, nadie en la Iglesia de Dios se hubiera opuesto á sus predicaciones; porque la necesidad [de la reforma la había confesado el mismo Martín V. Pero Juan de Hus aspiró á ser también reformador. Luégo empezaron á notarse en él tendencias á justificar la conducta de los herejes, y dudas y vacilaciones sobre determinados puntos doctrinales. Proclamó en seguida que la Escritura constituía la única regla segura de la fe. Profesó principios disolventes de la autoridad magistral de la Iglesia, cuerpo místico de JESUCRISTO, cuerpo que, según él, no tenía cabeza ninguna especial, pues todos los miembros eran su cabeza y su corazón. El Papa fué calificado de miembro inútil en el cuerpo cristiano, y la jerarquía eclesiástica la pintó como una red tendida á la inexperiencia de los fieles. De eslabón en eslabón Juan de Hus iba bajando paulatinamente al abismo racionalista. Todos los actos del Papa le disgustaban; todos los escritos procedentes de autores adictos á la silla romana eran para él sospechosos. No sólo divulgaba desde la cátedra aquellos principios, sino que acompañaba su propaganda didáctica de declamaciones sencillas al pueblo contra la organización y la conducta del clero romano.

La publicación de una indulgencia plenaria en favor de una nueva cruzada acabó de exacerbar á Juan de Hus. No puede concebirse diatriba que no fuera por él lanzada contra el romanismo en aquella ocasión.

La actitud de Juan, hombre influyente, exacerbó una gran parte del pueblo de Bohemia; los predicadores de la cruzada católica eran insultados y atropellados en el interior de los templos; las indulgencias ridiculizadas y satirizadas en las plazas públicas (1). El magistrado de Praga mandó decapitar á los principales jefes del motin; lo que exasperó á los amigos de Hus. Los restos de los ejecutados fueron objeto de altas manifestaciones de veneración y de respeto considerándoseles como á cuerpos de verdaderos mártires.

Juan se vió obligado á huir de Praga, pues un edicto del arzobispo Conrado declaraba entredichos todos los pueblos ó ciudades en que el heresiarca permaneciese. No siéndole fácil á Hus conmover al pueblo con sus predicaciones continuó hablándole con sus escritos. Popularizáronse su *Anatomía de los miembros del Antecristo* y su tratado de la *Abominación de los sacerdotes y de los monjes carnales, de la abolición de las sectas ó de las sociedades religiosas* y su opúsculo *De las condiciones humanas*. Aquellos y otros escritos consiguieron formar un grupo ó partido de sectarios, decididos á seguir en todas sus vicisitudes al que consideraban como el santo reformador de la Iglesia, para ellos abominablemente pervertida.

En aquellas circunstancias, estando reunido el Concilio de Constanza, fué denunciado ante aquel tribunal supremo por un profesor de Teología y un párroco de Praga el altivo perturbador. El rey de Bohemia quiso que Juan Hus se dirigiera al Concilio, á cuyo efecto el emperador Segismundo expidió el correspondiente salvo-conducto (2).

(1) Jerónimo de Praga se paseó impunemente por las calles de su ciudad en un carruaje, acompañado de dos monjes apóstatas y de dos prostitutas, ostentando en sus desnudos pechos bulas de indulgencias, que luégo entregaron á las llamas.

(2) «Segismundo, por la gracia de Dios, etc., etc., á todos SALUD: Os recomendamos con todo nuestro afecto al honorable Juan Hus, bachiller en Teología y maestro en artes, portador de las presentes, que se dirige desde Bohemia al Concilio de Constanza, al cual hemos tomado bajo nuestra protección y salvaguardia y bajo la de nuestro imperio, deseando que al llegar entre vosotros le recibáis bien y le tratéis favorablemente, proporcionándole cuanto necesite para apresurar y asegurar su viaje, así por mar como por tierra, sin tomar nada de él ni de los que le acompañen por derechos de entrada y salida; permitiéndole libre y seguramente pasar, permanecer, detenerse y regresar, proveyéndole de buenos pasaportes para honor y respeto de la majestad imperial. Dado en Espira el día 18 de octubre de 1414.»

Segun se ve éste era un salvo-conducto de viaje, y en nada relacionado con su pretendida impunidad ante el Concilio.

Llegado Juan Hus ante el Concilio, descubriéronse y confirmáronse los errores en sus doctrinas contenidos. Parece que la actitud del acusado, léjos de revelar un espíritu de arrepentimiento, significaba audaz persistencia, de modo que en la misma Constanza continuaba dogmatizando y propagando sus errores teológicos y sus peligrosas teorías sociales. En vista de aquella contumacia, Juan Hus, considerado como un peligro para la Iglesia y para la sociedad, fué condenado á muerte con su compañero Jerónimo de Praga.

El suplicio de los dos herejarcas fué como la señal de la explosion terrible de los encadenados elementos. Toda la Bohemia hirvió de indignacion. Donde quiera se formulaban rigurosas protestas contra aquellos rigores. Cincuenta y cuatro señores principales enviaron á los padres de Constanza una carta colectiva acusándoles de haber condenado á la hoguera á dos hombres justos, católicos y santos. La Universidad de Praga dirigió una alocucion á todos los hijos de la Iglesia en la que se denunciaba á la cristiandad lo que calificaban de injusticia perpetrada por el Concilio. La mayor parte de las familias vistieron luto, como si hubiera fallecido uno de sus individuos. Hasta en las iglesias se pronunciaban apologías de los nuevos *mártires*. Una fiesta nacional se instituyó en memoria de los pretendidos héroes. El polvo del lugar de la ejecucion, cuidadosamente recogido, se distribuía como reliquias, ya que las cenizas de los ajusticiados se habían echado al Rhin.

El husismo era abrazado por los hombres más piadosos y devotos, pues se le consideraba como al sistema aspirante á verificar la reforma de la cristiandad. Sus propagadores se presentaban como á escogidos por Dios para restablecer el lustre y la gloria del nuevo Israel.

Sentaban el principio de que sólo los justos permanecían en el cuerpo de la Iglesia, que los pecadores quedaban de ella segregados, que el pecado del Pontífice anulaba en él el derecho del pontificado; el pecado del sacerdote borraba en él la gracia del sacerdocio; el pecado del creyente inutilizaba la virtud de la fe. La Iglesia de los perfectos no necesitaba jefe visible, ni pastores, ni jerarquía.

Estas doctrinas, profesadas por hombres fanatizados por un celo exageradísimo, producían en ellos una fiebre devoradora que les excitaba á purificar la atmósfera religiosa. No se contentaban con procurar la conversion de los malos, sino que se mostraban decididos á exterminarlos. Persuadidos de que ellos solos eran los puros, los perfectos, los santos, no reconocieron límites á su accion. Juan Hus había respetado los dogmas fundamentales, los husitas no respetaron ningun dogma, ni ningun sacramento. El purgatorio, el culto de los santos, la Confirmacion, la santa Uncion, la confesion auricular, eran igualmente rechazados. Enseñaban la inutilidad de los templos, la inconveniencia de los ornamentos sacerdotales. Sólo admitían la Eucaristía, que podía confeccionar todo sacerdote siempre y en todo lugar, sin las ceremonias de la misa.

Escenas deplorables sucedieron al frenesí de aquella herejía. Los sacerdotes fieles á la Iglesia viéronse atrozmente perseguidos, los monasterios saqueados, profanadas las iglesias. Luégo los simples laicos se atribuyeron el derecho de predicar el Evangelio y de consagrar las sacramentales especies.

En Guttemberg un soldado tomó el cáliz donde acababa de ser consagrada la preciosa sangre de Dios, se le llevó á una taberna y realizó allí inconcebibles profanaciones.

Juan Cardenal, rector de la Universidad de Praga, Juan Jacobell y Mateo de Focseniez eran los caudillos de aquellos monstruosos desórdenes. Dos peregrinaciones periódicas, casi continuas se organizaron; la una visitaba un monte que llamaban Oreb, la otra otro monte que llamaron Tobar. En ambos montes algunos impuros sacerdotes consagraban sin preparacion el cuerpo y la sangre del Cordero sin mancilla y daban la comunión al pueblo, con las dos especies, puesto que la doble comunión era otro de los lemas adoptados por la secta.

En vano Martin V envió á Bohemia una carta paternal invitando á los sectarios á reconocer sus perjudiciales errores y á enmendar sus horripilantes crímenes. Los husitas, que no reconocían la autoridad pontificia, tampoco se impresionaron por sus palabras. Mientras el

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo u otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 110 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con más de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística; costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quierian tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.— LAS MISIONES CATOLICAS.

Boletin semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES,

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ,

POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

LA PASION DEL REDENTOR.

Por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

AÑO DE MARIA,

ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los dias del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.

Seis tomos en 4.º ilustrados con 60 láminas de regalo, á 260 rs. en relieve; ó 110 cuadernos de 56 páginas, á 2 rs. el cuaderno.—Cada tomo comprende dos meses.